

APUNTES ECONÓMICOS

DE LA

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1889

Leídos en la Real Academia de Ciencias morales y políticas por el Excmo. Sr. Vizconde de Campo Grande, en la sesión del 8 de Marzo de 1892.

No trato con estos *apuntes* de añadir un escrito más acerca de las grandes construcciones para esta Exposición levantadas, ni de describir las maravillas que contenían, las cuales, no sólo fueron una manifestación de la industria *moderna*, sino por primera vez comprendieron también la industria *retrospectiva* bajo sus diferentes aspectos, concurriendo á ella los Ministerios y centros oficiales.

Mi objeto al trazar estas líneas es estudiar la parte exclusivamente, económica de la Exposición; es decir, su coste material, sus productos pecuniarios y los resultados que produjo en el aumento de riqueza de la ciudad de París.

Ignoro si basta ahora ha tratado alguien este punto concreto, y para reunir estas noticias he tenido que valerme de datos esparcidos en los Informes de Mr. Berger, Director de la explotación, y de Mr. Tirard, Presidente del Consejo de Ministros, como Ministro de Comercio, Comisario general de la Exposición, y de otras muchas publicaciones particulares, entre las cuales se cuentan los artículos de M. Morri-

llón en *Le Correspondant*, acerca de la Exposición en general. Pero antes haré breves indicaciones históricas.

Es sabido que las «Exposiciones universales» se derivaron de las «Nacionales», y que la primera de estas últimas tuvo lugar en Francia bajo el *Directorio*, para celebrar el sexto aniversario de la República, continuando después bajo el *Consulado*, celebrándolas la *Restauración* cada cuatro años, y los gobiernos de Luis Felipe cada cinco.

En Francia nació la idea de la primera Exposición universal en 1849; pero recibida con frialdad por sus Cámaras de Comercio, la realizó Londres en 1851 en su palacio de Cristal.

Desde entonces había habido en París tres Exposiciones universales: la de 1855, con escasos resultados, en el Palacio de la Industria; la del Campo de Marte en 1867, de éxito más brillante; y la inaugurada en el mismo sitio por MacMahon, acompañado por el Príncipe de Gales, en 1878, verdadero fracaso en su parte económica, pues sus gastos superaron á sus ingresos en veintiún millones de francos.

Con estos antecedentes nació en Francia el pensamiento de una nueva Exposición con carácter universal; y el radicalismo francés quiso asociarla á la idea de celebrar el centenario de la Revolución de 1789, señalando al efecto para 1889, en conmemoración de aquel acontecimiento, como la primera Exposición universal había sido para conmemorar su primera República; y esta mezcla de lo industrial con lo político empezó por producir el alejamiento oficial de los principales Estados monárquicos.

Inglaterra y Rusia declararon francamente que rehusaban su asistencia oficial, por el carácter político que se le daba, Alemania se manifestó opuesta á esta clase Exposiciones; Italia dijo que le impedía su asistencia el estado de su

Tesoro; Bélgica opuso la necesidad de atemperar su conducta á la de las naciones que garantizan su neutralidad; España, Austria, Dinamarca, los Países bajos, Portugal, Suecia, Turquía y Egipto, el Brasil, Rumanía y China, declinaron también su participación oficial, pero unos y otros prestaron su apoyo pecuniario á sus respectivos industriales. De todo lo que resulta que sólo intervinieron oficialmente las repúblicas americanas, las de Suiza, Andorra, y San Marino, con Noruega, Servia, Grecia, Persia, Siam y el Japón.

El mal resultado económico de la de 1878, en la que había sido empresario el Estado auxiliado por el concurso de la capital, hizo que se adoptase el sistema de 1867, que al Estado y á la ciudad de París añadió una Sociedad de garantía; y que lejos entonces de ocasionar pérdidas, no sólo les reembolsó los seis millones de francos con que cada uno de ellos contribuyó, sino tres millones más de beneficio total.

El coste tipo fué el de 1878, sin las obras especiales del Trocadero, es decir, cuarenta y tres millones. El Estado se suscribió por diez y siete millones, el Municipio de París votó ocho el 21 de Marzo de 1886, la Sociedad de garantía respondía de los diez y ocho restantes; pero debía reintegrarse de ellos por los primeros ingresos, repartiéndose después los restantes, proporcionalmente, entre el Estado y la ciudad de París. La Sociedad de garantía se formó con las principales empresas interesadas en que la Exposición se llevase á término; es á saber: las Compañías de ferrocarriles, cada una de las cuales se suscribió por medio millón; y todos los grandes almacenes y establecimientos industriales, hasta el punto de que rebasó la cantidad pedida y llegó á ventiún millones de francos; recibiendo todo ello consagración oficial con la ley de 6 de Julio de 1886.

En 11 de Octubre del mismo año se publicó el decreto de organización, poniendo á la cabeza una gran Junta, compuesta del Presidente del Ministerio, como Ministro de Comercio y con el título de Comisario general de la Exposición, acompañado de individuos nombrados por las tres entidades que concurrían á la empresa, de modo que nombrasen un número igual á los millones que cada una representaba.

Los servicios especiales fueron confiados á personas reconocidas como idóneas por su participación en otras Exposiciones, como Mr. Berger para la distribución de puestos y demás asuntos correspondientes á la administración, y un funcionario perteneciente á la Tesorería, á quien se confió todo lo relativo á la contabilidad.

El Director especial de las obras de París, Mr. Alphaud, estuvo encargado de aquellas construcciones verdaderamente maravillosas; como que sólo en el que debe llamarse *palacio de las máquinas* se emplearon siete mil quinientas toneladas de hierro, habiendo costado siete millones y medio de francos; y todo lo calculó con tal exactitud, que presueltas en veinte millones las grandes construcciones, no llegaron á veintiuno, á pesar de la grandiosidad y la extensión del espacio ocupado, 43 hectáreas, el mismo número que en metros había alcanzado la primera Exposición nacional.

Una feliz operación de la Sociedad de garantía contribuyó mucho al éxito de la Exposición y aumentó el capital de la empresa en tres millones y medio. Fué ésta la que realizó con el *Credit Foncier*, convirtiendo sus diez y ocho millones en una emisión de treinta, en bonos de veinticinco francos con. 25 entradas, cuyos bonos daban participación en una lotería, lo que contribuyó grandemente á que se tomasen; y

como además ía garantía sólo era de diez y ocho millonea y la emisión de treinta, esto permitía que las entradas fuesen muy baratas, tanto que sólo unos pocos días llegaron á 0,75 y en otros bajaron á 0,25, siendo 0,40 su término medio, y calculándose en unos veinte mil los revendedores que por todas partes pululaban, y que de los treinta millones emitidos sólo tres quedaron sin vender.

Ni pudo menos de ser así, por el gran número de visitantes, que pasaron de veinticinco millones; número doble de la Exposición de 1878; y muy superior al de todas las universales hasta ahora celebradas, que fué, por orden de fechas, como sigue: Londres (1851), seis millones; París (1855), cuatro y medio; Londres (1862), seis; París (1867), nueve; Viena (1872), siete; Filadelfia (1876), diez.

Se calcula por término medio que el número de visitantes fué de 115.000 al día, y doble en los de fiesta, durante los seis meses de la Exposición.

Los expositores llegaron á 60.000, superando en 8.000 á los de 1878. Puede calcularse que sólo una tercera parte fueron extranjeros, representados por 48 comités, mientras los franceses lo estaban por 92.

No se escasearon los premios; pues si en la última anterior Exposición universal de París habían sido premiados la mitad de los expositores, en 1889 los premios alcanzaron á las uos terceras partes, por haberlos extendido á los colaboradores obreros; y de los 965 grandes premios ó diplomas de honor obtuvieron 419 los extranjeros; lo que habla muy alto en favor de la hospitalidad francesa; aunque debe advertirse que las medallas de oro y de plata fueron meramente nominales, entregándose todas ellas de bronce.

Los artistas, género irritable, rehusaron algunas de las recompensas, disgustados con su jurado especial nombrado

por sufragio universal, que, al parecer, produjo resultados análogos al de nuestra Exposición de Bellas Artes; por lo que proponen algunos en Francia reducir este democrático medio de elección á la mitad de sus individuos, resignados por la moda á soportar la mitad del daño.

Resultaron, por tanto, como únicos agravios los de las Bellas Artes, artículos considerados más bien de lujo que de satisfacción del alma en esta edad democrática del mundo.

En todo lo demás los resultados fueron satisfactorios. La Torre Eiffel, cuyo único mérito consiste en sus 300 metros de altura, enriqueció á su autor. Según el proyecto, entraban en la construcción unas siete mil toneladas de hierro, y su presupuesto era de seis millones de francos. El Estado le concedió como subvención un millón y medio de los fondos generales de la Exposición, y el derecho de explotarla mientras aquélla durase, debiendo después pasar á ser propiedad de la Municipalidad de París; aunque ésta, como subvención también, permitirá que el autor la explote durante veinte años más. Ahora bien: el derecho de ascensión y el de arrendamiento de las diferentes localidades produjo seis millones y medio; lo que hace que Mr. Eiffel haya ganado medio millón en este concepto, más el millón y medio del Estado, más la explotación por veinte años.

En cuanto á los gastos generales, de los 46 millones de francos que se habían reunido se economizaron ocho.

El movimiento general del comercio resultó también beneficiado. Tomando por base diez meses del año natural de 1889, en los que están comprendidos los seis que permaneció abierta la Exposición, resulta que la *importación* en Francia aumentó en 22 millones sobre igual período del año anterior; cantidad que, sin embargo, no representa todo el

aumento de los valores importados, porque no figuran en ella las grandes cantidades giradas desde diversos países y negociadas en París para los gastos de los visitantes. Nótese por algunos con extrañeza que durante dicho período los artículos de alimentación hayan sufrido una baja, á su importación en Francia, de 42 millones, á pesar del aumento de consumidores, sobre igual período del año anterior; pero tal extrañeza desaparece al observar que en 1889 necesitó Francia menores cantidades de cereales y vinos, muy particularmente de los primeros.

El aumento, verdaderamente importante, en los diez meses de 1889 fué en la *exportación*, pues llegó á doscientos setenta y cuatro millones sobre los equivalentes del año anterior, entrando por mucho los artículos de la industria francesa comprados en la Exposición, que llegaron á figurar en la estadística de exportación y que, sin embargo, habían sido muchos menos que los realmente exportados individualmente por los visitantes.

Las Compañías de ferrocarriles, por su parte, tuvieron durante el mismo tiempo un aumento de ochenta y cinco millones de francos.

Pero quien participó más de todas estas ventajas fué, como era natural, la ciudad de París. Su Hacienda municipal, ó sea los arbitrios de consumo local (*Octroi*), sólo en los artículos de comer y beber tuvieron en los mencionados diez meses un aumento de diez millones sobre igual período del año anterior, aumento á que no se había llegado nunca; pues cuando la Exposición de 1865 había sido de dos millones, de cuatro en 1867, y de seis y medio en 1878.

Con los diez millones que la ciudad de París recaudó de más, cubrió exactamente todos los gastos que la Exposición le ocasionó, que fueron: los ocho millones con que contri-

buyo á la empresa, setecientos mil francos que gastó en su exposición particular, trescientos mil en socorros é indemnizaciones, y un millón en festejos.

Por su parte, los teatros de París ganaron durante la Exposición diez y seis millones de francos, que tampoco habían realizado nunca, ni en las circunstancias más extraordinarias.

Según los estados de la policía, se albergaron en los hoteles de París, durante el citado tiempo, cinco millones de franceses de los departamentos y millón y medio de extranjeros. Con sólo atribuir cien francos de gastos totales en París á cada visitante francés, y quinientos á cada extranjero, resultan mil doscientos cincuenta millones de gastos por los albergados en los hoteles, sin contar los que se hospedaron en casas particulares. Falta aquí el término de comparación, pues no me ha sido posible averiguar el término medio de los forasteros que en años normales visitan la capital de Francia; pero no creo exagerar suponiendo que, durante los diez meses calculados, la concurrencia haya sido de dos terceras partes más de lo ordinario, con lo cual el mayor gasto de los forasteros en París pudo haber sido de unos ochocientos treinta y tres millones.

La población, sin embargo, aunque sufrió con la subida de algunos artículos de consumo, como la carne de primera calidad, la caza, aves, fruta y patatas, no llegó en esto ni con mucho á lo sucedido en 1867; y las legumbres y el pan conservaron su precio corriente, vendiéndose el pan ordinario en las panaderías á ochenta céntimos los dos kilogramos, es decir, bastante más barato que en Madrid.

Tales son los resultados económicos de aquel grande acontecimiento de que tan orgullosa se muestra, con razón, la Nación francesa, y que llevó á feliz término después de

haber desvanecido la idea política que lo inició; habiéndola relegado á una simple ceremonia en Versalles, que apenas fué notada por nadie sino por el elemento oficial.

Madrid 28 de Enero de 1892.

El Vizconde de Hampo 'Grande.